

BIBLIOTECA
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA



erein

LA HERBOLERA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: marzo 2021

Diseño de la colección y portada: Aritz Albaizar
Maquetación: Nagore Koch Elizegi

© Toti Martínez de Lezea
© EREIN. Donostia 2019
ISBN: 978-84-9109-633-7
D.L.: D 264-2021

EREIN Argitaletxea
Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia
T 943 218 300
e-mail: erein@erein.eus
www.erein.eus    

Imprime: Gertu inprimategia
Zubillaga industrialdea, 9
20560 Oiñati, Gipuzkoa
T 943 783 309
e-mail: gertu@gertu.net
www.gertu.net

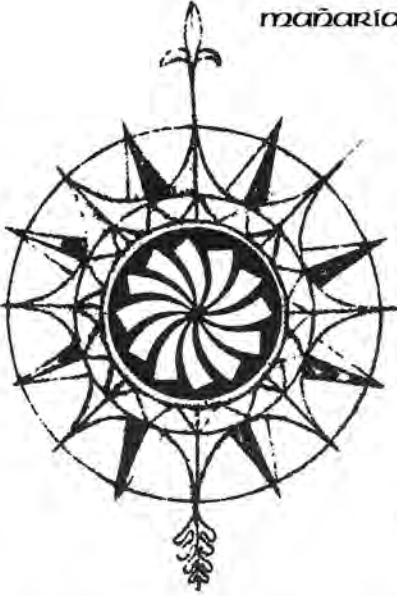
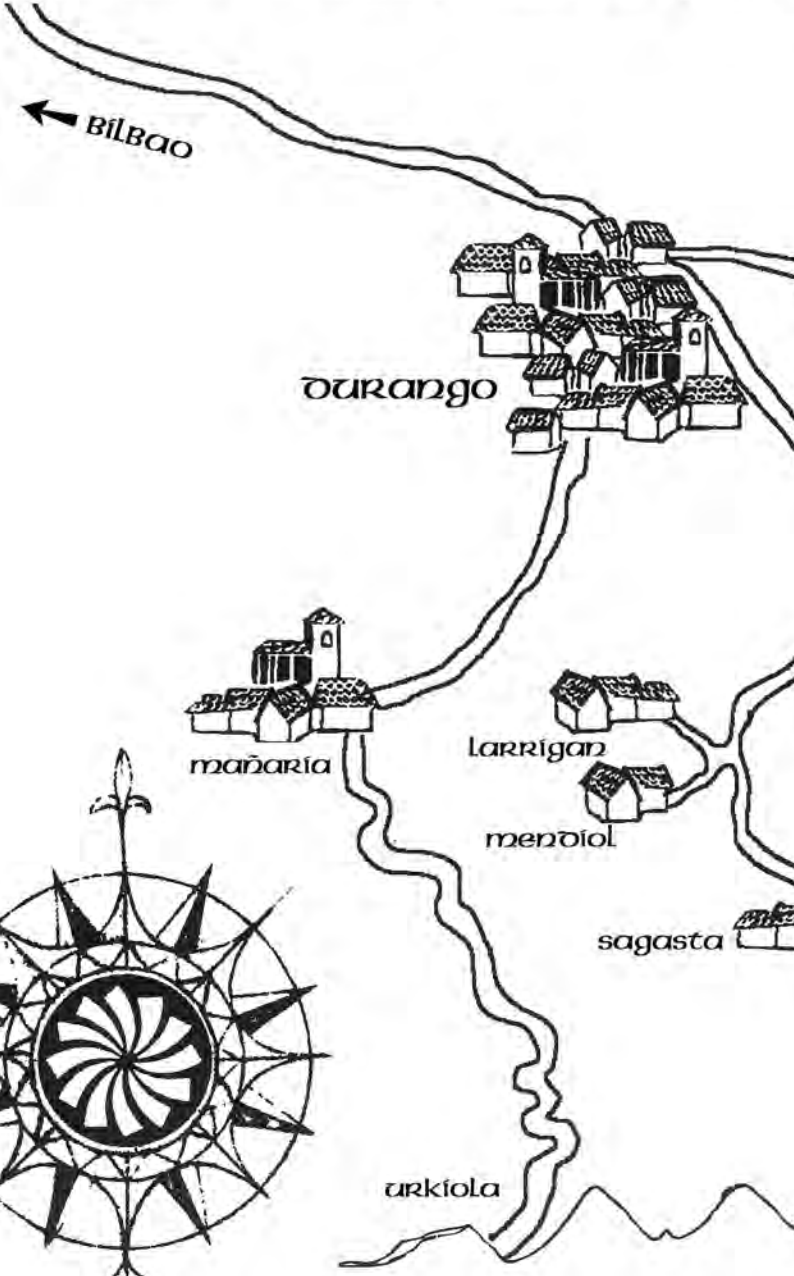
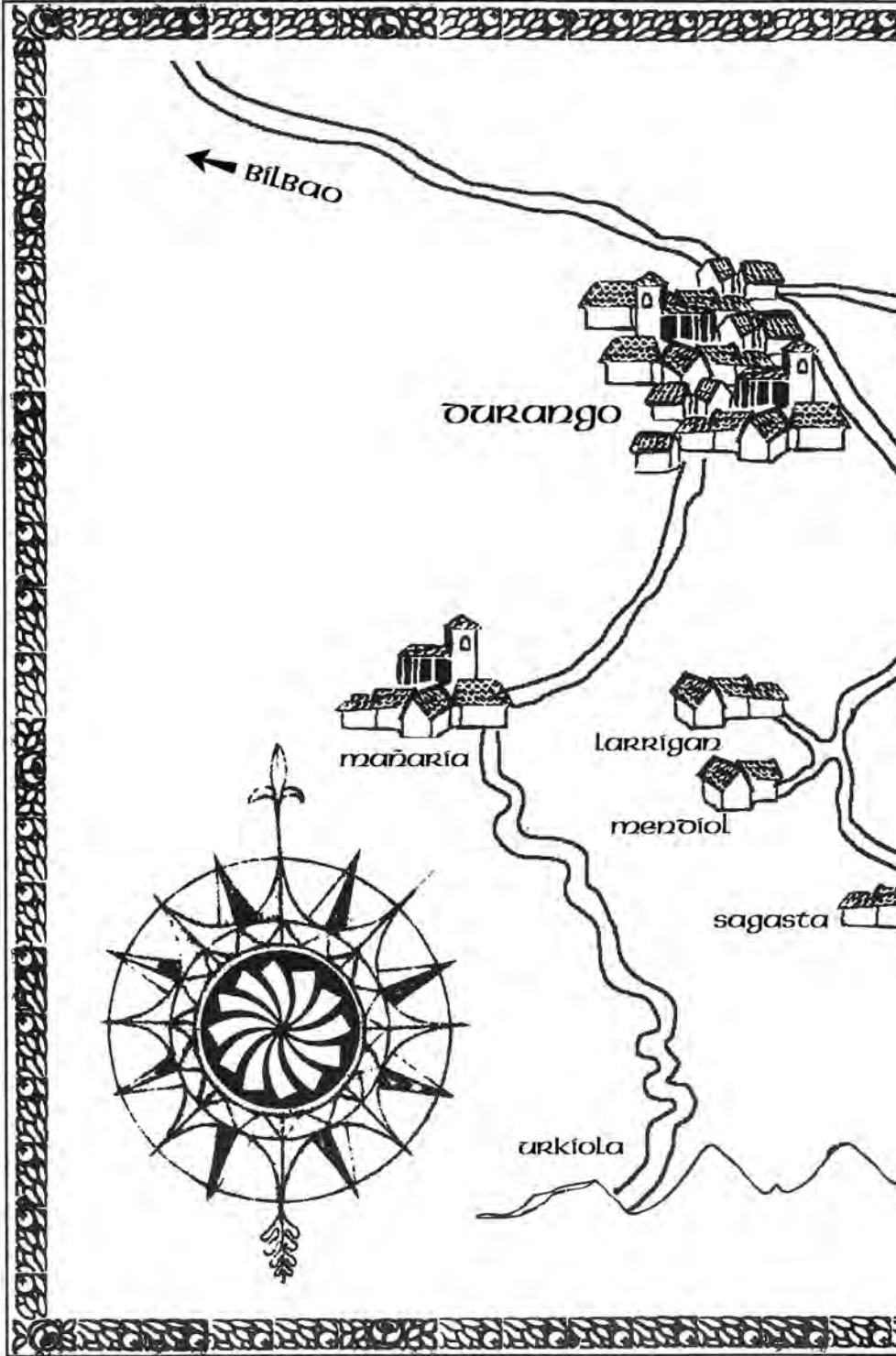
BIBLIOTECA
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

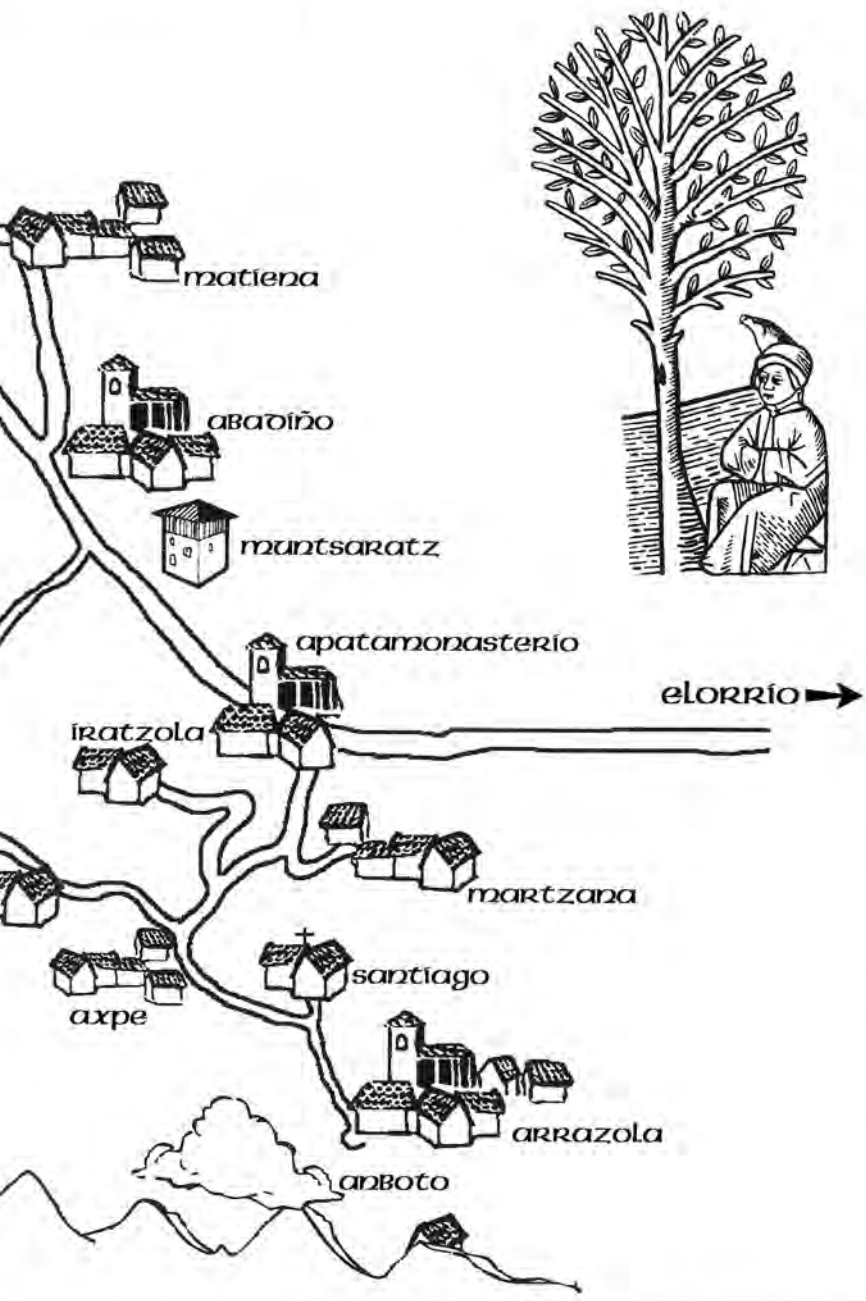
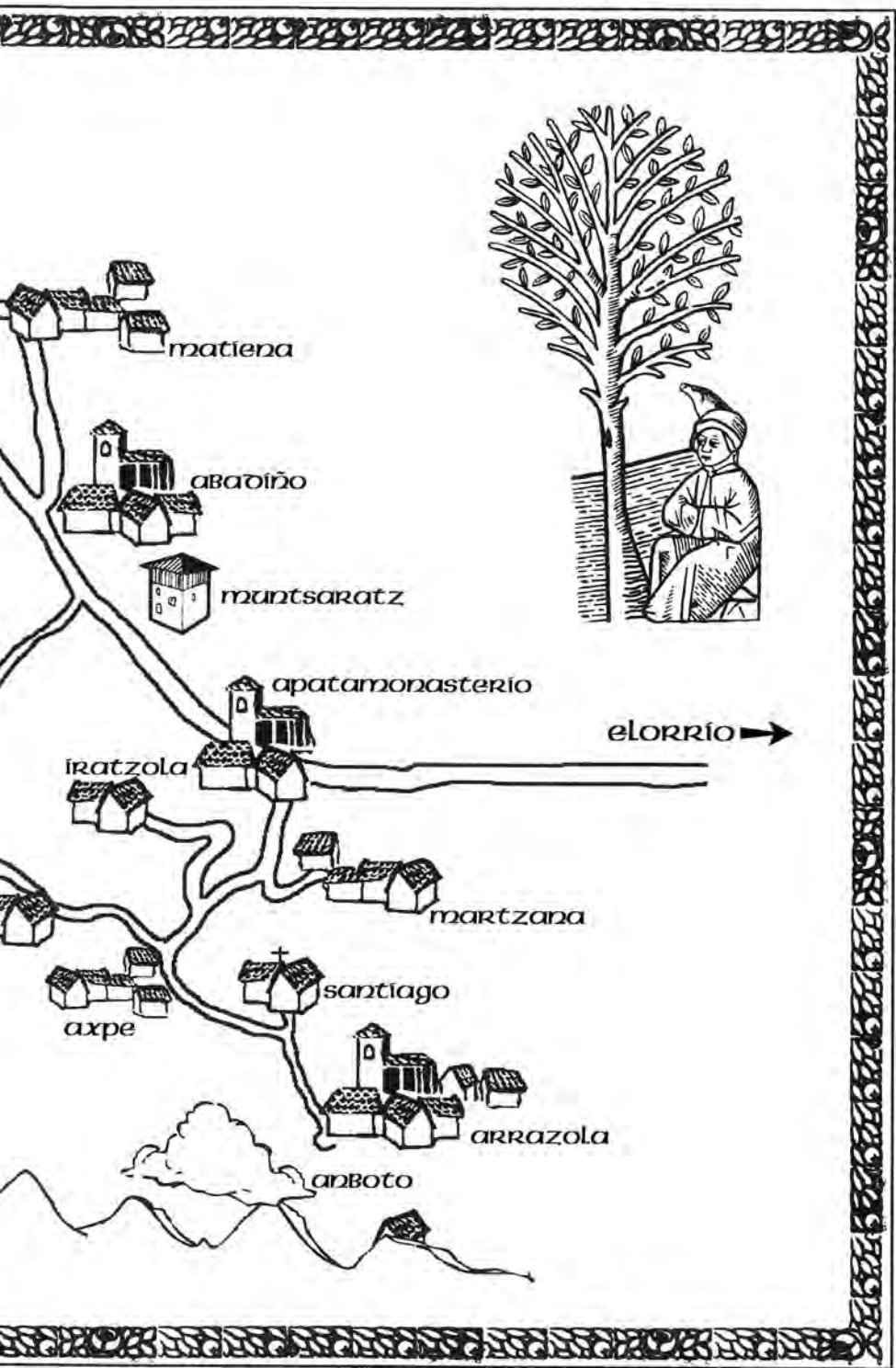
LA HERBOLERA



A Alberto

Con mi especial agradecimiento a Mikel Bildosola, que puso todo su empeño en guiarme hasta la cueva de Mari en Anboto; a Eneko Urrutia, que me explicó con detalle todo lo referente al parque natural de Urkiola con su flora y su fauna; a Ernesto García Fernández, catedrático de Historia Medieval de la UPV, que compartió conmigo su visión sobre los herejes de Durango; a Javier Sagastizabal y a los amigos y amigas que leyeron el original y me dieron sus opiniones y su apoyo.





*“Dejemos las cosas comunes rimadas,
que riman y cantan por cada cantón,
de Circe, Tiresia, Medea, Jasón,
con las Durangas de Embote* nombradas.
Basta que sepas de como dañadas
son por sus obras en este caos,
temaban las cosas del supero Dios
y fueron por lucha mortal derribadas,
no sólo por una caída mas dos”*
(*Anboto)

El Cartujano, 1521

*“[...] y en las montañas y provincias de Vizcaya, de otros que
llaman de la sierra de Amboto que tenían diabólicos errores
[...] En los cuales tratos también se entremeten, y mucho,
unas falsas mujeres hechiceras que llamamos brujas y sorguiñas,
las cuales hacen hechizos y maldades, tienen sus pláticas y traeos
con los demonios [...] En los procesos que se hicieron contra
aquellos de la sierra de Amboto, se dice y confiesa por muchas
personas haber visto al diablo y hablándole, a veces en figura de
cabrón otras veces en figura de un mulo grande y hermoso [...] y dicen estas que se reconciliaron y confesaron su error, que si algunas veces aparecía el diablo en figura de hombre siempre traía alguna señal que demostraba su maldad, como un cuerno en la cabeza o en la frente, o algunos dientes de fuera que se salían fuera de la boca, o cosa semejante”.*

Arcediano don Pedro Fernández de Villegas

¡Katalintxe! ¡Katalintxe!

Sentada sobre la hierba mullida y verde de la loma, una corona de margaritas sobre sus cabellos cortos, los pies descalzos tintados de verdín y el cestillo lleno de flores silvestres sobre su regazo, Catalina alzó la cabeza al escuchar los gritos de su madre. Había corrido a su escondite secreto como de costumbre, en cuanto pudo escapar de sus tareas diarias: barrer, ordeñar a las cabras, dar de comer a las gallinas, recoger los huevos y soltar a los perros. Aquel era un lugar encantado que solo ella conocía; ella, y la Dama que habitaba en una cueva del monte sagrado.

La silueta del Anboto se recortaba sobre el claro cielo de primavera. Como siempre que la Dama se hallaba en él, hilos de nubes entrelazados cubrían su cumbre ocultándola de la vista de los mortales, rodeándola de misterio. Desde el comienzo de los tiempos, los habitantes del valle habían dirigido cada día sus miradas hacia la cúspide, suspirando aliviados al comprobar que estaba cubierta pues sabían entonces que la diosa estaba en su casa y podían contar con su protección, y descorazonados por la incertidumbre de su regreso cuando aparecía limpia porque ello significaba que Amari había acudido a alguna de sus otras moradas en Zaldiaran, Aketegi, Murumendi, Akelarre, Lezea o Azalegi.

Catalina acudía a su lugar secreto con la esperanza de ver algún día a la Señora. Conocía los relatos que narraban desapariciones de jóvenes lo suficientemente osadas o inconscientes para entrar sin permiso en su morada. No había quedado rastro de ellas, y únicamente algunas veces, y mucho tiempo después, aparecía una prenda, un pañuelo o el anillo de alguna desventurada. No, ella no se adentraría en la cueva sin permiso; esperaría paciente a ser invitada, si es que algún día lo era, entraría respetuosa, esperaría a que la Dama hablara y

después se retiraría despacio, caminando hacia atrás, sin darle en ningún momento la espalda. Mientras tanto, aprovechaba cualquier momento para acudir a aquel lugar, sentarse en la hierba de cara a la peña, tejer coronas de flores y hablar con Ella como con una amiga Íntima a la que nada se oculta.

A pesar de pertenecer a Arrazola, a su vez a poco de Axpe, Abadiño y la importante villa de Tabira de Durango, los moradores del caserío Goiena siempre se habían sentido ajenos al resto del mundo. Nunca participaban en las fiestas, celebraciones y procesiones organizadas en el pequeño pueblo del valle de Atxondo, el más alto de todos, el más cercano a la peña. Pero si Arrazola se hallaba en un alto, ellos lo estaban aún más y vivían mucho más cerca de la Dama que ningún otro ser de la Tierra. Tal vez por ese motivo, por sentirse tan próximos a la diosa o, simplemente, porque para llegar hasta la casa era preciso ascender una estrecha y empinada pendiente que exigía ciertas dosis de ánimo, pasaban meses sin que vieran a nadie conocido o desconocido. Ignoraban el nombre del señor de Bizkaia; por no saber, a veces ni siquiera conocían al alcalde de Arrazola y tampoco les importaba demasiado. No recibían visitas, ni las hacían. Durante generaciones los antepasados de Catalina habían sido considerados las personas más hurañas de la anteiglesia, y ellos habían procurado no perder tal fama.

Durante algunos años, en vida de la otra Catalina, la bisabuela, los Goiena habían dejado de estar tan aislados. El don de la anciana señora atraía como la miel a las moscas, y raro era el día en que no se viera a hombre o mujer subir sudoroso la pendiente, a pesar de que luego tardaban algún tiempo en recuperarse del esfuerzo y del temor que ella les producía. La casa volvió a estar silenciosa tras su muerte, puesto que ni su hija ni su nieta habían heredado su talento.

Graciana de Goiena subía la loma, pero se detuvo al ver que la joven bajaba.

—¡La abuela quiere hablar contigo! —gritó haciéndole un gesto para que apresura el paso.

La mujer en edad madura, pero aún joven, bien proporcionada y de rasgos armoniosos, reflejaba en su mirada una mezcla de bondad y tristeza que no dejaba de llamar la atención; había trabajado duramente desde su niñez y no recordaba ni un solo día de su vida en que hubiera tenido tiempo para el ocio, siempre ocupada en las tareas que la obligaban a levantarse antes del amanecer y la mantenían en vela hasta muy entrada la noche. Lo único que nunca la cansaba, ni aburría, era el tiempo dedicado a las hierbas, aunque, a decir verdad, consideraba dicha actividad como parte del trabajo de la casa, pues había aprendido de su madre, quien a su vez lo había aprendido de la suya, y aquella de la suya, el arte de las herboleras. Conocía uno por uno los nombres de todas las hierbas, plantas y flores que crecían desde las laderas del Anboto hasta las campos de Abadiño; distinguía con los ojos cerrados la diferencia entre las hojas de la adelfilla y las del arraclán; podía predecir si un pequeño brote llegaría a germinar, y ni la ceniza ni la grasa podían hacer desaparecer el verde de sus dedos y uñas. Lo que en otra persona hubiera constituido, sin duda, un pasatiempo o una curiosidad, en Graciana era algo elemental. La recogida de las hierbas en su momento más oportuno, su disposición en ramilletes atados y colgados en el desván; su preparación y aplicación no tenían secretos para ella, como tampoco los habían tenido para ninguna mujer del caserío Goiena durante varias generaciones.

Al nacer la joven Catalina, la abuela Domenja no pudo ocultar su emoción.

—¡Tiene el don! —exclamó feliz al contemplar a su nieta recién nacida.

–¿Cómo puedes saberlo? –preguntó Graciana.

–Porque lo sé. Lo veo en sus ojos –respondió Domenja satisfecha–. Es el don de las mujeres de nuestra familia. Ni tú ni yo lo tenemos, pero la pequeña Katalintxe sí que lo tiene, ¡igual que mi madre!

Graciana no supo entonces si alegrarse o apenarse por la noticia. Recordaba vagamente a su abuela, una mujer enjuta, eternamente vestida de negro, parca en palabras y gestos. La recordaba moviéndose por la casa, ligera y silenciosa como un gato, musitando extrañas palabras, preparando compuestos de hierbas y otros elementos en una esquina de la cocina o poniendo sus manos en las personas desconocidas que subían hasta la casa para que ella aliviara sus males. Luego murió. Su madre solía decir con orgullo que jamás había habido en la comarca un funeral como aquel. Nada más morir ella, repicaron las campanas de Arrazola, siendo respondidas por las de Axpe y por las de todas las pequeñas iglesias, ermitas y conventos del valle. Se dijo entonces que las campanas habían repicado solas, que nadie había tirado de las sogas, y decenas de personas llegaron para el velatorio desde todos los rincones de Atxondo, y todavía fueron muchas más las que, al día siguiente, acompañaron el cadáver durante el entierro, ya que eran incontables quienes le debían su salud y la de los suyos. Graciana se sorprendía a veces pensando que, en realidad, el motivo de tal multitud en los funerales de su abuela no había sido el agradecimiento, sino el deseo de ver con sus propios ojos que la enigmática señora estaba bien muerta. Que ella recordara, jamás la había besado, tampoco que alguna vez le hubiera sonreído, y por nada del mundo quería que su pequeña Katalintxe se le pareciera.

Aún se hablaba de ella en el valle a pesar de los años transcurridos. Muchos lamentaban que ninguna otra mujer de la

familia hubiera heredado el maravilloso talento que le hacía predecir la salud o la enfermedad, e incluso la muerte; que le permitía conocer exactamente el mal que aquejaba al enfermo y preparar ungüentos, jarabes o tisanas que en muchas ocasiones aliviaban el mal. No había en la zona ninguna otra herbolera-curandera capaz de sanar como ella unas fiebres con una tisana de hinojo y ajeno, un mal de estómago con emplastos de harina de linaza y leche o una gangrena a base de lavados con agua de cocido de la dedalera. Pero era sobre todo su talento para predecir si un enfermo se curaría o no lo que verdaderamente añoraban sus vecinos. Si la enfermedad tenía cura, ella la encontraba, y si no ¿para qué molestarse en ir hasta Tabira en busca del físico? Más valía dejar al enfermo en paz y ocuparse de los preparativos del entierro.

En un principio, Domenja se encargó de seguir suministrando algunos preparados que había aprendido a elaborar ayudando a su madre, pero pronto dejó de hacerlo. Sus conocimientos sobre las propiedades terapéuticas de las hierbas no eran mayores a los de cualquier otro. En todos los caseríos se disponía de una buena reserva de toronjil, ajeno, malvavisco, borraja, cola de caballo, tomillo, corteza de cerezo silvestre y de sauce, hojas secas de zarzamora, hierba del señor San Juan y demás hierbas básicas para curar cualquier tipo de resfriados, dolor de muelas, males de mujeres o luxaciones, pero, por mucho que lo intentara, nunca llegaría a ser tan diestra y capaz, y su hija Graciana tampoco parecía tener una habilidad especial para la curación. Poco tiempo después nadie en Arrazola mencionaba a las dos últimas moradoras del caserío Goiena si no era para denostar su aislamiento y su ausencia de la iglesia. Así estaban las cosas cuando Catalina nació. Su abuela y su madre estaban todo el día pendientes de ella. La primera esperaba ansiosa el momento en que la niña diera muestras del don que,

estaba segura, tenía, mientras la segunda veía en ella el reflejo del hombre que durante un tiempo había compartido su vida.

Fue un tiempo corto, demasiado corto, que le dejó un recuerdo enamorado y engrandecido, mezclado con un poso de amargura que, a veces, la despertaba en medio de la noche cubierta de sudor. Encendía entonces el candil y esperaba encontrarlo en el lecho, a su lado, desnudo y fuerte, extendiendo sus brazos para protegerla y entregarse a ella, pero no era él, sino la pequeña criatura quien dormía a su lado, arrebujada y tranquila. Trataba de reconocer en su hija los rasgos del hombre amado y lloraba porque apenas si se acordaba de ellos; los años habían borrado su huella, como el agua borra las pisadas sobre el camino.

El padre y el abuelo de Catalina murieron en la misma emboscada que los parientes de la familia Butrón tendieron a los partidarios de Martzana de Axpe, familiares a su vez de los Abendaño, enemigos acérrimos de los primeros, una de tantas confrontaciones que tenían lugar desde hacía varios siglos en tierras del Señorío, en Gipuzkoa, Álava y Navarra. Domenja y Graciana lloraron juntas, juntas enterraron a sus muertos y juntas afrontaron el futuro con la esperanza puesta en el vientre abultado de la más joven.

La niña nació en medio de una noche tormentosa en la que los rayos se estrellaban contra el Anboto y tardó en llegar, como si no quisiera abandonar el refugio silencioso y acogedor que la había protegido durante sus primeros nueve meses de vida. Varias semanas después, las dos mujeres bajaron a Arrazola con la recién nacida en brazos. El párroco, don Miguel, no pudo reprimir un gesto de sorpresa al verlas entrar en la iglesia, y ochenta pares de ojos se volvieron hacia la puerta. La última vez que habían sido vistas en la población había sido en el funeral de los muertos de Martzana, seis aquel día, y desde

entonces había transcurrido más de un año. Ellas no habían bajado al pueblo, pero tampoco nadie había ido a visitarlas durante aquel tiempo. Un murmullo recorrió el recinto a medida que los presentes se apartaban para dejarles paso hasta el altar.

—Graciana de Goiena, ¿quién es la criatura que tienes en los brazos? —preguntó el clérigo en tono acusador.

—Es mi hija —respondió ella mirándole directamente a los ojos—. La he traído a bautizar.

—Es hija del pecado —dijo el párroco, alzando el tono de voz para que todo el mundo pudiera escuchar sus palabras con claridad.

Se percibió un nuevo murmullo; Domenja se encaró a sus vecinos y el murmullo cesó y después se giró de nuevo hacia el cura y fijó su mirada en él.

—Es hija legítima —su voz suave pero firme sonó amenazadora—. Martín de Muntsartz, el marido de Graciana, fue su padre.

—¡No estaban casados como Dios manda! —tronó el hombre.

—Estaban casados ante los suyos.

—¡Pero no ante Dios! ¡Yo no les di el Santo Sacramento! —gritó nuevamente don Miguel.

Los vecinos esperaban el desenlace sin apenas respirar; tendrían de qué hablar durante semanas, aunque aquella situación no era nueva para nadie. La Iglesia ponía gran empeño en acabar con las uniones no bendecidas por ella, pero seguía manteniéndose la antigua costumbre de la prueba prematrimonial, considerada por todos como un verdadero matrimonio si no se rompía, y el caso de Graciana era muy similar al de otros muchos mayorazgos. Cuando el heredero o heredera se hallaban en edad de matrimoniar, los padres les buscaban pareja y en el momento en que llegaban a un acuerdo con la

otra familia se celebraba un gran banquete al que eran invitados amigos y parientes, y los dos dormían en el mismo lecho a partir de entonces. La otra boda, la de la iglesia, se celebraba cuando la pareja había tenido un primer hijo o incluso varios, pues era demostración de que ambos eran fértiles y de que la casa y las tierras pasarían a sus descendientes. Podía ocurrir que el heredero de la casa muriera sin haber tenido hijos, y que entonces la propiedad pasara al extraño legalmente casado, y que la heredad, conservada durante varias generaciones, fuera a manos de gente ajena a la familia. Si pasados algunos años no había señales de preñez, la unión se disolvía y se buscaban nuevos enlaces.

No hace falta decir que a los ojos de la Iglesia semejante costumbre no dejaba de ser un concubinato repudiable. Todos, obispos, curas y frailes, llevaban su propia cruzada a fin de atajar un uso a todas luces pagano, reminiscencias de un pasado aún no muy lejano. Pero, así como la religión cristiana había acabado con muchas de las antiguas prácticas, aquella, entre otras, estaba siendo un hueso duro de roer. Por mucho que vociferaran y clamaran que ningún buen creyente podía fornicar fuera del matrimonio consagrado, a la hora de tratarse de heredades, casas y dineros, ni el más cristiano de los vizcaínos estaba dispuesto a jugarse el futuro de la familia. Aunque, todo hay que decirlo, la mayoría llevaba el asunto con discreción, sin banquetes prematrimoniales, presentándose ante el cura con los hechos consumados. La boda y el bautizo solían celebrarse al mismo tiempo para desesperación de los clérigos y regocijo de las familias de los contrayentes.

—Con o sin tu bendición estaban casados —repitió Domenja en el mismo tono—. ¿Vas a bautizar a mi nieta o no?

Durante unos instantes pareció que el párroco iba a negarse.

—¿Cómo la llamaréis? —preguntó finalmente.

–Catalina, como su bisabuela –respondió ella con orgullo.

–¿Y los padrinos?

Domenja se volvió de nuevo, miró a la concurrencia e hizo una seña casi imperceptible. Dos hombres y dos mujeres se aproximaron al altar y Catalina de Goiena fue bautizada.

Un día, varios años después, la pequeña supo que uno de los corderos estaba muy enfermo y se echó a llorar. Madre y abuela corrieron hacia ella asustadas, y se acercaron al animal, pero no vieron en él señal alguna de heridas, ni ojos vidriosos, ni mala respiración.

–El cordero está bien, cariño –dijo Domenja acariciando la cabeza de su nieta y deseando, aunque sin atreverse a decirlo en voz alta, que la niña estuviera en lo cierto.

Dos días después el borreguito estaba muerto. Graciana lo encontró tumbado sobre un montón de paja seca, debajo del carro, y llamó a su madre; ambas comprobaron una vez más que no había herida aparente, ni mordisco de lobo, ni señal de enfermedad en el animal, y lo enterraron rápidamente para evitar que la niña lo viera. A continuación, Domenja sacrificó un carnero con sus propias manos, le extrajo las asaduras y se dirigió a la parte alta de sus tierras, la más cercana al Anboto.

La niebla cubría el valle transformándolo en un mar de aguas silenciosas y quietas, alterado únicamente por el sonido de los esquilonos de ovejas y cabras que se desparramaban por las laderas, pero en aquel lugar el cielo estaba despejado y en la hierba brillaba el rocío de la mañana, iluminado por los rayos del sol. Se aseguró de que la cumbre del monte estaba cubierta y sonrió porque la diosa se encontraba en su morada; guio sus pasos hacia unos matorrales, tras unas rocas, con

mucho cuidado dejó las asaduras en el suelo y durante un buen rato arrancó matas y hierbas hasta que sus manos estuvieron llenas de arañazos; limpió la piedra con el delantal y depositó sobre ella las entrañas del carnero. A continuación, se descalzó y sintió la fuerza de la tierra que ascendía por sus pies, esperó un rato con los ojos fijos en un punto cercano a la cresta de la montaña, la entrada de la cueva de la Dama, que más que verse, se intuía desde la lejanía, cerró los ojos, colocó sus manos encima de las asaduras aún templadas del animal e invocó a Amari ofreciéndole el sacrificio. Al igual que había hecho su madre muchos años atrás, al igual que lo habían hecho todas las mujeres de su familia desde tiempos remotos, al igual que ella misma cuando nacieron su hija y su nieta. Sintió que una ráfaga de aire helado la envolvía como un sudario, la transportaba por los aires hasta la cueva, y supo que caminaba a través de un estrecho pasadizo dentro de la montaña. La fuerza la empujaba hacia una zona luminosa que se abría al final de este; la figura resplandeciente de la diosa extendía sus brazos para recibir la ofrenda, y fue tal su emoción y su congoja, que únicamente pudo emitir un sonido ronco al abrir la boca:

–Katalintxe...

Al despertar, el sol se hallaba en su punto más alto, y ella se encontraba tumbada sobre la hierba, completamente empapada por la humedad; se levantó con dificultad y dirigió una última mirada a la montaña. ¿Había sufrido un desmayo? ¿Había soñado? Nunca antes había experimentado algo similar, ni siquiera en la última ocasión, cuando acudió a la montaña, a agradecer a la diosa el nacimiento de la nieta, que tanta alegría le había causado tras las desgracias. Recogió sus abarcas para regresar a la casa y entonces se fijó en la piedra; las asaduras del carnero habían desaparecido.

Catalina había acabado de bajar la pendiente y entró en la casa como una tromba, dirigiéndose directamente a la cocina.

—Amona, ¿qué quieres? —preguntó con el rostro enrojecido por la carrera.

—Niña —dijo Domenja mirándole con seriedad—. Ya eres una mujer y como una mujer debes empezar a comportarte.

La joven sonrió. ¿Iba acaso a decirle que tenía un marido para ella? Bien sabía su abuela, porque muchas veces habían hablado del asunto medio en serio, medio en chanza, que no tenía prisa por casarse. Únicamente lo haría con un hombre al que amara. No en vano su madre le había relatado una y otra vez en la intimidad de la noche, cuando ambas esperaban a que el sueño llegara, lo mucho que había querido a su padre, lo apuesto y valiente que era, y la tristeza que embargaba su alma desde el día en que los bastardos de Butrón lo arrebataron de su lado. Había embellecido su recuerdo, lo había adornado con las más nobles prendas y lo había colocado en el altar de los dioses, para siempre hermoso, para siempre eterno. Y cuando ella le preguntaba por qué no se casaba de nuevo, respondía que no había sitio en su corazón para otro hombre que aquel que había sido y siempre sería su dueño. Ella quería un marido como su padre, bello como el amanecer, fuerte como el roble que sombreaba la entrada de la casa, que la rodeara con sus brazos y le diera unos hijos tan hermosos como él.

Domenja también sonrió, sabía exactamente lo que pasaba por la mente de su nieta, pero tiempo habría para bodas. A fin de cuentas, nadie diría que no a la única heredera de Goiena, una de las heredades más extensas de Arrazola y, por otra parte, tampoco tenía prisa por tener a un extraño viviendo bajo su techo.

–Katalintxe –dijo–, hora es de que empieces a poner en práctica el maravilloso talento que nuestra Dama tuvo a bien concederte.

La muchacha frunció el ceño. ¡Ya estaba de nuevo a vueltas con aquello del talento! Total, porque había podido decir unas cuantas veces que este o aquel animal estaba enfermo, o porque se daba buena maña para curar las patas heridas de las ovejas, o porque ella sola se había ocupado del parto de la vaca Zuria cuyo ternero venía de través sin que le hubiera soltado una coz... ¡Pura casualidad!

–No lo es, niña –replicó Domenja a los pensamientos no expresados–. No es casualidad. Nunca pienses que lo es, ofenderías gravemente a la Dama y la desgracia podría abatirse sobre nuestra casa.

La anciana pasó, una vez más, a relatarle el poder de la otra Catalina, la bisabuela, y el de otras mujeres de la familia que se habían visto bendecidas con el maravilloso don de la curación, algo que no a todo el mundo le era dado, como bien podía verlo en ella misma y en su madre. Durante generaciones que se perdían en el tiempo, las mujeres de Goiena habían sido protegidas por la diosa. Sacerdotisas de los antiguos ritos, que iban perdiéndose de forma inexorable, habían respondido al extraordinario privilegio manteniendo las viejas creencias en el seno de su familia.

–Pero no basta con saber que alguien está enfermo y si va o no a curarse –prosiguió–. También es preciso saber de plantas y ungüentos, conocer la palabra justa en el momento oportuno, saber predecir cuándo la Luna es favorable y cuándo no lo es, escuchar al viento y a la lluvia, reconocer los cuerpos con las manos y descubrir dónde está el mal. Son muchas las cosas que debes aprender, y hora es ya de que empieces tu aprendizaje.

De nada valió que Graciana hablara con su madre y le insinuara que aún había tiempo, que Catalina era muy joven y que, incluso, le hiciera partícipe de la oculta zozobra que sentía.

—¿Qué dices mujer? —preguntó la anciana malhumorada—. ¿De qué miedos hablas?

Le recordó el temor que los habitantes de Arrazola siempre habían sentido por la bisabuela y también por ellas mismas, que las tildaban de raras y que procuraban pasar lejos de ellas e incluso cambiar de camino para no tener que atravesar las tierras de Goiena.

—Lo sabes bien, madre —insistió—. Las gentes nos temen.

—¡Bobadas, Graciana! —exclamó la anciana—. Nos respetan, que no es lo mismo. Saben que no somos como ellas, y la prueba es que todo el valle asistió al entierro de tu abuela, y que muchos han sido los que han lamentado que ni tú ni yo poseyéramos su don. Amari se enojará con nosotras y con nuestra casa y nuestros descendientes si hacemos algo para evitar que Katalintxe desarrolle su habilidad. Entre el temor de las gentes y el enojo de la Dama, elijo el primero.

No se habló más del asunto, y la vida de la joven cambió de forma radical a partir de entonces. Pasaba largas horas con su madre aprendiendo los nombres y los tipos de plantas, matas, hierbas, hojas; cuáles eran venenosas y cuáles no; cómo y cuándo recolectarlas y guardarlas; cuáles eran más útiles frescas y cuáles secas. Con su abuela aprendió a preparar pomadas, ungüentos, jarabes y cataplasmas; cuál era el mejor remedio según el mal; qué palabras había que repetir mientras preparaba las mixturas y cuáles mientras se le aplicaban al enfermo. Cuando ellas vieron que lograba mediante caricias y suaves palabras que el burro se tumbara en la hierba y se dejara limpiar, curar y coser la herida producida por un saliente de roca

sin apenas moverse ni rebuznar, supieron que nada más podían enseñarle.

—Tiene que seguir aprendiendo con alguien que sepa más que nosotras —sentenció Domenja una tarde en que se hallaban sentadas junto al hogar.

—¿Quieres decir que tiene que marcharse? —preguntó Graciana, horrorizada ante la idea.

—Sabe tanto como cualquier otro de por aquí y no aprenderá mucho más sin alguien que la instruya. Tiene que marcharse.

Por un instante, Graciana pensó en enfrentarse a su madre, decirle que estaba cansada de hacer siempre lo que ella ordenaba y de tener que acatar sus decisiones, pero supo de antemano que de nada valdría su opinión, y permaneció callada.

Acababa de transcurrir la procesión en honor a la Virgen y Hernando Sánchez de Guinea la había seguido con un ojo distraído desde la ventana del primer piso de la torre de Leriz, su residencia mientras permaneciera en Durango. Había tratado de vislumbrar algunos rostros de entre la masa de fieles que con actitud devota caminaban detrás de la imagen respondiendo a las letanías del párroco de Santa María, don Tomás de Arandia. Se abrió el cuello de la camisa y se abanicó con el documento que tenía en la mano; el verano estaba resultando inusualmente caluroso aquel año. Su pensamiento voló al pasado, como a menudo hacía en los últimos tiempos. Se veía a sí mismo, cuarenta y cinco años más joven, cuando aún era solo un mozalbete ansioso por emular a su padre. Otxoa Sánchez de Guinea, Teniente del Prestamero Mayor de Bizkaia y de las Encartaciones por el Corregidor Ferrando de Mendoza, había acudido a Durango para acabar con el foco de herejía

que llevaba larvándose en la Merindad desde hacía años. Él, segundo de sus hijos, lo había acompañado y nunca en su vida se había sentido tan orgulloso como en aquellos momentos, cabalgando a su lado e imitando todos sus gestos.

¿Cómo habían podido llegar las cosas a tal punto? ¿Cuándo había comenzado aquel asunto, y por qué razón había ocurrido algo semejante en una villa como tantas otras, cuyos habitantes se hallaban más preocupados por la subsistencia de cada día que por las polémicas religiosas que tenían lugar en otras regiones de Europa?

Los dos frailes franciscanos, causantes de todo aquello, habían llegado algunos años antes a Durango, alojándose en una pequeña posada frente a la iglesia de San Pedro Apóstol de Tabira pese a que la familia de uno de ellos, Alonso de Mella, poseía una casa en el propio centro de la villa. Sus comienzos fueron discretos; empezaron por aleccionar al anfitrión, Pío de Ibarra, y a su familia, que pronto se convirtieron en seguidores de sus prédicas y no se cansaban de declarar a todo parroquiano que se acercaba a la taberna con ánimos no precisamente evangelizadores, que aquellos dos santos varones representaban la verdadera Iglesia de Jesucristo, la Iglesia de los pobres.

Guinea se dirigió a un gran escritorio colocado en medio de la amplia habitación que le habían asignado y revolvió entre los diversos legajos desparramados encima de él de forma desordenada. Tras un rato de búsqueda, encontró lo que buscaba y se dejó caer en una silla de cuero con antebrazos en cuyo respaldo había grabada una escena de caza; leyó con atención el contenido del documento que tenía entre las manos, el mismo documento que había sido remitido por la diócesis de Calahorra cuatro decenios antes.

Según el informe, los dos frailes pertenecían a una secta herética condenada por Roma en diversas ocasiones. Encontró

en la última hoja una descripción detallada de los errores religiosos en los que incurría la dicha secta pero, antes, se entretuvo en leer la historia de tan singulares personajes, aparecidos en el Duranguesado no se sabía por qué razón, aunque habían conseguido medio millar de simpatizantes en pocos años. La mayoría de sus seguidores eran campesinos, pequeños artesanos y mujeres, muchas mujeres, y el autor del informe apuntaba a la posibilidad de que fueran las prédicas en favor de los pobres y en contra de las riquezas de la Iglesia lo que más les atraía.

—¡Cómo no iban a simpatizar! —exclamó al leer la última aseveración—. Con tanto diezmo y primicia y las obras que la Iglesia lleva a cabo sin parar, solo los ricos sobreviven.

Recapitó unos instantes antes de continuar con la lectura. En el fondo, él también estaba de acuerdo con aquello de que la Iglesia no daba precisamente un buen ejemplo atesorando riquezas y poderes. ¿No había dicho Jesús que el Reino de los Cielos era de los pobres? Había viajado a Roma dos años atrás y se había quedado atónito al contemplar las inmensas riquezas que atesoraban el Vaticano y los palacios de los cardenales. Estos últimos llevaban vestiduras de seda púrpura con largas colas sostenidas por pajes y criados; en sus dedos brillaban piedras preciosas engarzadas en enormes sortijas de oro macizo, y de sus cuellos colgaban cruces de tal valía que una sola de ellas hubiera podido dar de comer a varias familias durante años. No, no eran ciertamente la mejor muestra de santidad y humildad cristiana. Desvió de nuevo su vista hacia el documento. No deseaba perderse en un mar de cavilaciones que únicamente podían aportarle sensaciones desapacibles y un fuerte dolor de cabeza; estaba allí para poner orden y perseguir a los criminales, no para juzgar el comportamiento de los prelados.